

ya sea por la intemperie de las estaciones, ya por la mortandad del ganado, ó por cualquiera otra contingencia imprevista é inevitable, reparan estas pérdidas las reducciones vecinas, sin exigir otra cosa que el mismo auxilio en igual necesidad.

El artículo del vestido no pide menos atención que el de los víveres, atendida la indiferencia que tienen en este punto unos pueblos que antiguamente andaban desnudos. Se han construido tiendas y talleres de todas clases en un gran patio que hay en medio de la población, cerca de la casa y á la vista de los misioneros. Allí hay artesanos de todos oficios, y especialmente un gran número de tejedores que, mantenidos á espensas del público, están siempre ocupados en hacer telas de algodón para vestir de valde á los indios. Al principio de la semana se distribuye á las mugeres y á las niñas cierta cantidad de algodón que llevan el sábado siguiente ya hilado y en disposición de poder empezar á tejerle. De este modo se logra tener todos los años mucha mas tela que la que se necesita para vestir á todos los habitantes del país; y el sobrante sirve para aumentar los fondos del comercio. En el centro del Paraguay hay tambien una botica sostenida á espensas de todas las reducciones, las cuales van á ella por los medicamentos que necesitan. Estas felices invenciones y otras muchas, en cuya enumeracion nos detendriamos demasiado, son causa de que los indios vivan muy contentos en aquel país, y de que vayan á establecerse en él muchos infieles.

26. Nada tienen ya que temer las reducciones, ni

de la ferocidad de los idólatras, ni aun casi de los mamelucos, enemigos mucho mas formidables por razon de las armas de fuego y de la disciplina europea que han conservado. En lo antiguo destruian aquellas habitaciones y arruinaron absolutamente algunas, cuyas reliquias fueron á establecerse en países distantes, rompiendo y cultivando nuevas tierras con indecible trabajo <sup>(1)</sup>. Para evitar tan funestas revoluciones, se han formado en cada población compañías de infantería y caballería, á egemplo de las tropas españolas. Los primeros caballos que vieron los indios les causaron tanto miedo, que trepaban á los árboles como si les saliesen al encuentro tigres ó leones. Pero son ahora tan buenos ginetes, que su caballería es la que inspira mas terror á sus enemigos. Desde muy mozos se les enseña á manejar la espada, la pica y el fusil, sin abandonar el arco y la honda, y se dan premios á los que se distinguen en estos ejercicios. Todas las semanas pasa revista el corregidor, por sí ó por sus tenientes, á las tropas de la reduccion que hacen el ejercicio en la plaza mayor, la cual forma un cuadrado rodeado de casas de una misma altura, excepto el lado en que está la iglesia con la casa de los misioneros que es algo mas elevada que las otras.

Como el principal y casi el único motivo de temor son las sorpresas, hay gentes destinadas para dar avisos, y suelen andar cincuenta ó sesenta leguas para observar si se prepara alguna irrupcion. Por lo comun vuelven todos los meses, ó antes, á dar cuenta de su

(1) *Murat. c. 18.*

comision. Si hay justo motivo de recelo, se arman al instante las tropas de la reduccion, y no tardan en dirigirse contra el enemigo, el cual no resiste, á lo menos en campo raso, á los neófitos, que son invencibles cuando pueden hacer uso de la caballería y de las armas de fuego.

27. Mas de una vez han aprendido los mamelucos á respetarlos, y especialmente en la derrota que padecieron hace algunos años cerca de la reduccion de Santa Cruz. Su ejército, formidable para aquellos países, constaba de ochocientos mamelucos y de cuatro mil indios. Fue destrozado, y la mayor parte quedaron en el campo de batalla. Los demás conservaron la vida por la clemencia de los vencedores, quienes les permitieron volver al Brasil, y aun les dieron víveres, haciéndoles jurar una paz, asegurada mas bien con su terror que con sus juramentos. Como los infieles que se hallan cerca de las reducciones, no están en estado de medir sus fuerzas con ellas, se guardan muy bien de insultarlas; y los que no quieren vivir en paz, toman el partido de retirarse de allí.

28. No solo han dado pruebas de gran valor los nuevos cristianos del Paraguay en defensa de su propio país, sino que tambien han hecho y hacen continuamente los servicios mas importantes á la corona de España. Podemos añadir que su dominacion en aquel continente inmenso, esto es; desde el Perú y Chile hasta el Brasil, no tiene otro apoyo mas firme que el de las poblaciones cristianas que ocupan su centro. Las pocas ciudades ó pueblos españoles

dispersos en aquellos desiertos á ciento y doscientas leguas de distancia unos de otros, habrian cedido mil veces á las nubes de bárbaros de que están rodeados, á no haber habido entre ellos habitantes que, unidos á la España con los vínculos del Evangelio, contuviesen y reprimiesen á los demás. Así la posesion tranquila de una estension tan vasta de tierras no marítimas, en que por una especie de milagro se mantiene tanto tiempo há, es visiblemente un prodigio, no de su política ni de su valor, sino de la religion.

En el año 1662, visitando las plazas de su gobierno D. Alfonso de Sarmiento, gobernador de la Asuncion, capital del Paraguay, fue acometido de repente en un castillo por un enjambre de salvages infieles, á cuyas fuerzas no hubiera podido resistir, segun lo confiesa él mismo, si la primera reduccion que tuvo aviso de esta novedad, no hubiera enviado inmediatamente sus tropas, las cuales anduvieron en veinticuatro horas el camino que por lo comun es de cuatro dias, derrotaron á aquellos bárbaros, que son los mejores guerreros del país, libertaron al gobernador, y le llevaron sano y salvo á la capital. En el año 1680, aquellos neófitos, en número de tres mil, hicieron prodigios de valor contra los portugueses que habian quitado á los españoles el puesto en que está ahora la colonia del Santísimo Sacramento, y despues de una horrible carnicería, fueron arrojados del fuerte que habian construido allí. Hay otros mil egemplares, muchos de los cuales están consignados en el decreto no menos honorífico que ventajoso, que el

Rey Felipé V espidió en 1716 á favor de aquellos indios esforzados y fieles. En general no ha habido en Paraguay desde el establecimiento de las reducciones ninguna accion de importancia, en que no hayan dado pruebas tan brillantes de su valor como de su firme adhesion á su Soberano, ni se ha conseguido victoria en que ellos no tuviesen la mayor parte.

Es verdad, que para pelear contra los europeos, se tiene la precaucion de que manden oficiales españoles; pero esto no es para animar su valor, en lo cual podian ellos dar lecciones á muchos de nuestros militares, sino para acostumbrarlos á nuestra táctica. Se les envian, pues, en tiempo de guerra gefes experimentados y de buena conducta para instruirlos en nuestro modo de pelear, antes de presentarlos al enemigo.

Pelean despues como leones, y rara vez dejan de hacer prodigios. Es para la España una ventaja singular que las tropas de las reducciones hacen la guerra á espensas suyas, sin percibir ningun prest, ni aun los víveres, pues los llevan ellas mismas para toda la campaña. Tampoco quieren aquellos generosos cristianos recibir ninguna gratificacion para sí mismos, y á lo sumo admiten algun donativo para sus iglesias.

29. Es de creer, que si unas instituciones tan importantes para la España y tan bien principiadas, se continúan del mismo modo, no tardarán todos los paises de lo interior de la América meridional en sujetarse á las leyes de la corona, y al mismo tiempo á

las del Evangelio. No contentos los misioneros con haberlas llevado al grado de perfeccion que hemos visto, han trabajado tambien mucho para consolidar y estender mas y mas la fe cristiana en aquellas regiones; y como ya estaban allanadas las mayores dificultades, fueron muy rápidos los progresos. Sin duda no están ahora espuestos á tantos peligros como antes, ni padecen tantas incomodidades. Las reducciones establecidas por todas partes, el estado floreciente en que se hallan, la abundancia y la felicidad que gozan, han hecho impresion en el ánimo de los bárbaros, los cuales miran con aprecio á los fundadores de aquellas sociedades fieles, cuya noticia ha llegado hasta los aduares y chozas mas remotas. Aun los que no quieren abrazar el Evangelio, respetan á sus ministros. En fin, muy rara vez se atreven á maltratarlos, y mucho menos á cometer ningun atentado contra su vida. Además, los nuevos cristianos se han hecho formidables por su gran número y por las victorias que han conseguido contra los que los habian obligado á echar mano de las armas. No seria extraño que emprendiesen vengar la muerte de sus pastores, y que lo consiguiesen en caso de intentarlo.

Sin embargo, hay todavía bastantes peligros y un trabajo excesivo (1); porque no bastando á aquellos operarios el gobierno pastoral y paternal de cinco á seis mil, y algunas veces de ocho á diez mil neófitos, que están á cargo de dos misioneros: los ejercicios diarios de mañana y tarde: el catecismo ó

(1) Cap. 12.

instruccion diaria á mas de mil niños: la enseñanza general en los domingos y jueves: la instruccion de los catecúmenos, que siempre son muchos: las que van á hacer en medio de los campos á los indios encargados de guardar las mieses y los ganados: las confesiones frecuentes y generales en todas fiestas principales del año, como tambien en el jubiléo anual: el alivio espiritual y corporal de los enfermos; y el gobierno de las congregaciones, hacen frecuentes escursiones á las tierras infieles, á fin de recoger allí las ovejas á quienes el Pastor eterno señaló un lugar en su rebaño; pero de suerte que siempre queda uno de ellos en la reduccion para los ejercicios habituales.

Quando se espera convertir algunos infieles, se pone en camino un misionero, con el breviario debajo del brazo, y en la mano un palo que remata en cruz. Por lo comun le acompañan treinta neófitos, así para servirle de intérpretes, como para ayudarle á pasar los pantanos, los lagos, los rios caudalosos, y para abrirse paso por selvas y bosques. Algunas veces es necesario andar treinta ó cuarenta leguas, sin dejar de la mano el hacha, antes de llegar á una habitacion de infieles. Suele ser el trabajo mas largo de lo que se habia previsto; faltan los víveres, y entonces no hay mas recurso que el eventual de la caza, ó algunas raíces ó frutas silvestres.

Quando se encuentran idólatras, siempre se presentan armados, y suelen disparar antes de llegar á conocerse; pues temen que sean mamelucos disfrazados con el traje de misioneros y de neófitos, de cuyo

artificio infernal se han valido muchas veces aquellos bandidos para sorprenderlos. Tambien temen que se pretenda hacerlos esclavos de los españoles, á quienes miran con una aversion extraordinaria. Solo con sospechar que el misionero viene de alguna ciudad perteneciente á esta nacion, no deja de escitar su llegada una sublevacion general, en que con bastante frecuencia han perecido los ministros de Jesucristo. Con el temor del peligro presente, y con la precipitacion del furor, se olvidan del castigo que podrán recibir en lo sucesivo.

Si se logra calmár su primera inquietud, y puede persuadirseles que es un verdadero misionero el que va á su habitacion, no se necesita mas para tranquilizarlos enteramente. Entonces se acerca el cacique á los viageros, los saluda á su modo y les pregunta con qué motivo han venido. Responde el misionero por sí, ó por sus intérpretes, que va de parte de Dios Supremo, Criador y Salvador de todos los hombres, para enseñarles el camino del cielo y de la felicidad suprema. Despues les distribuye algunos regalitos para conciliarse su benevolencia. Los neófitos que le acompañan se esparcen inmediatamente entre aquellos infieles, y les aseguran que léjos de pensar en esclavizarlos, solo pretenden que vivan con mas placer y comodidad, citándose á sí mismos por ejemplo de la felicidad que se goza en la observancia de la ley cristiana. Una esperiencia tan á propósito para convencer, junta con la gracia que habla al mismo tiempo al corazon, hace comunmente vivas impresiones;

y los bárbaros se determinan, ó á conformarse con la proposición que se les hace, ó á lo menos á permitir al misionero que permanezca entre ellos y anuncie el Evangelio á los que quieran abrazarle. Si se muestran dóciles á las instrucciones del misionero, toma éste sus medidas, segun el número de los convertidos, estableciendo una nueva reduccion, cuando son muchos, ó convidándolos á que vayan á fijarse en algunas reducciones establecidas, cuando no pasan de doscientos ó trescientos. Conociendo allí por sí mismos la verdad de cuanto se les ha dicho, y recibiendo una acogida mucho mejor de la que ellos esperaban, no tardan en pedir el bautismo, y esceden muy pronto en fervor á los fieles antiguos.

30. Lo mas admirable es, que los mismos neófitos hacen muchas veces por sí solos las funciones de predicadores y de apóstoles. Supliendo en cuanto pueden la escaséz de operarios evangélicos que suele espermentarse en aquellos desiertos, recorren varios apóstoles indios, guiados por sus caciques, las tierras inmediatas, y algunas veces se alejan á grandes distancias, á fin de anunciar á los infieles la religion cristiana. Todo se egecuta con el mejor orden. Antes de ponerse en camino se confiesan todos, reciben la sagrada Eucaristía, se aconsejan del misionero, reciben su bendicion, y despues emprenden el viage alegremente. Léjos de intimidarse con los trabajos y peligros de semejantes expediciones, es esto lo que mas los anima. El mas dulce objeto de sus deseos es la corona del martirio, que saben haber sido muchas

veces el premio de aquel apostolado. No deja el cielo de derramar sus bendiciones sobre tan loable empresa, y casi siempre vuelve á la reduccion la caravana apostólica con gran número de prosélitos.

Entre otros medios de que se valen aquellos fervorosos cristianos para multiplicar los adoradores de Jesucristo, merece referirse el siguiente. Sabido es que las naciones salvages están casi siempre en guerra unas con otras. En su opinion, la principal ventaja de la victoria consiste en hacer muchos prisioneros; pero implacables en su venganza, jamás les perdonan la vida. Degüellan desapiadadamente á todos los prisioneros que cogen con las armas en la manò, y se los comen en los banquetes con que dan fin á todas sus expediciones. Los niños que cogen suelen venderlos á otros pueblos, para adquirir en cambio las cosas que les faltan. Para los pueblos cristianos es esta una ocasion preciosa de ganar almas á Jesucristo, dando las producciones de su territorio y de sus fábricas, á fin de rescatar aquellos tiernos esclavos. El cacique y los principales del pueblo se encargan de los niños. A las niñas las ponen en casa de las mugeres mas instruidas y egemplares. Todos se crian con los niños cristianos, alimentados, vestidos é instruidos del mismo modo que ellos. Se les admite al bautismo, cuando se halla que están suficientemente dispuestos; y el dia en que salen de la servidumbre infernal se acaba tambien su esclavitud temporal: entonces en nada se diferencian ya de los demás fieles. Así la severidad misericordiosa del Señor, hace

que los hijos encuentren su salvacion en la misma desgracia de sus padres y en la ruina de sus gentes.

En fin, la generosidad de los neófitos facilita mas que nunca la propagacion del Evangelio, proporcionando con la abundancia de sus liberalidades el establecimiento de nuevas reducciones. Cuando se trata de fundar una de ellas, se encargan las antiguas de suministrar á los indios nuevamente convertidos todo lo que necesitan, hasta que puedan coger los frutos de su propio trabajo. Les dan grano en abundancia, tanto para comer como para sembrar, y les envian animales para la labor, con conductores inteligentes en el arte de la agricultura, artesanos y trabajadores de todas clases, de suerte que en pocos años se halla el nuevo establecimiento en el mismo pie que los antiguos.

Tal era, hace veinte ó veinticinco años, el estado de las misiones del Paraguay, dirigidas todavía por los mismos pastores que las habian establecido. Unos salvages que con dificultad se hubiera creido que fuesen hombres, eran ya por la mas estraña metamórfosis, ó mas bien por el mayor milagro de la gracia, los cristianos mas perfectos del universo, y los retratos fieles de los primeros hijos de la Iglesia. Sin embargo, no han faltado charlatanes malignos que los pintaron con los mas denigrantes colores á ellos y mas aun á sus venerables preceptores y verdaderos apóstoles: título que conviene con toda propiedad á los piadosos misioneros que eran apóstoles de oficio y de hecho, en el trabajo y en las penalidades, sin

apropiarse nunca el nombre ni el honor; que engendraban hijos á Jesucristo y á la Iglesia, sin querer que se les llamase padres; que formaban obispados, sin consentir nunca en ser obispos; y que, reservándose únicamente las incomodidades, dejaban á otros el goce de las distinciones y del fruto de sus trabajos. Este es indudablemente el apostolado mas digno de este nombre, y éstas las misiones apostólicas mas gloriosas para la Iglesia. Por esto, por su gran celebridad, y por la autenticidad tan cierta é irrefragable de sus monumentos, nos hemos detenido en tratar de estas misiones con singular complacencia, sintiendo no poder presentar las relaciones de otras de diferentes órdenes é institutos por falta de iguales documentos en qué apoyarlas. Aunque despues de todo han querido algunos enemigos de la religion y de la piedad poner en duda lo que acabamos de referir, bastará no obstante á las personas de juicio y de probidad, saber que hemos tomado nuestras noticias de observadores imparciales, exactos y discretos, y que solo hemos recurrido á documentos sumamente auténticos, como son las certificaciones que remiten todos los años de América á España los obispos y los gobernadores de las provincias; y sobre todo á lo que refirió al sábio Muratori el Príncipe de Santobono, que habia sido mucho tiempo virey del Perú, y satisfizo á todas las preguntas que la sagacidad y la circunspeccion pudieron sugerir á un crítico de los mas hábiles.

31. Tales son los monumentos á que apelamos para confundir á los maliciosos calumniadores de las